

que vuestro mismo mérito es nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se sacrifica, y los otros para correr á la vez que yo comencé á ver las diferencias de fieras. Mas comun de los hombres, luego que vi los bienes en salir, hijo mio, más solo veían males, y descubrí mal grande en lo que me iba bien puro: entonces el impetu de la naturaleza, que nos lleva á correr tras el bien, condujo mis pasos al revés del comun de los hombres.

Para adquirir esta luz que me hacia ver que en los bienes y males andan por la mayor parte los nombres encontrados, ya veis, hijo mio, que no bastaban los golpes ligeros que cada uno se suele dar con miedo á sí mismo. Verdad es que los discursos frios que yo hacia en los montes apoyado sobre mi cayado, me dispusieron mucho para esta mudanza de entendimiento; mas los golpes de la experiencia fueron los que me llegaron á enseñar del todo. Ninguno puede conocer el valor de una alba sin tomar las pesas en la mano, examinarla de cerca, y calcular su peso. Así me fue á mí preciso experimentar y sufrir en mí propio todos los trabajos de la vida (y aun creo que me faltan muchos, que tal vez vendrán á su tiempo) para aprender esta admirable ciencia<sup>1</sup>.

50 Nosotros somos felices, dijo la Princesa á Miseno, que nos podemos aprovechar de vuestras luces, y gozar sin trabajo de vuestra felicidad. Decidnos ahora lo que en esta cárcel pasásteis.

<sup>1</sup> *Qui est magis patiens, magis est sapiens.* (S. Thomas, lib. de Con. Princip. c. 34).

## LIBRO VI.

Describe la cárcel de Constantinopla, núm. 1.—Aviváanse á Miseno y al príncipe.—Habla con Isaac Angelo, tambien preso, el que se dilata luego se desespera.—Miseno serena al Emperador, probándole que en la posicion de la Providencia los males atraen bienes.—Hace una fea pintura de sí mismo cuando afortunado.—Se confiesa el Emperador digno de ser castigado, pero se desespera, porque no lleva bien sus trabajos.—Óyese en la ciudad tocar á rebato.—Ganan los presos al centinela con dádivas, suben ambos á lo alto de la torre.—Informa Miseno á Isaac de lo que ve, núm. 32.—Atacan la ciudad.—Promete Isaac á Miseno recompensas si llega á reinar.—Entran los latinos en la ciudad.—Sacan de la cárcel á Isaac para el trono, y dejan preso á Miseno.

1 No os sabré pintar, amigos, prosigue Miseno, el horror de aquella lúgubre prision. La oscura noche era allí nuestra inseparable compañera. Contábamos las horas, pero confundíamos los tiempos, y podíamos decir con un poeta moderno:

Media noche contaba y medio día,  
Distinguir estos tiempos no sabia.

De forma, que Isaac Angelo sin ojos, y yo con ellos, estábamos igualmente ciegos. Cuando con la comida nos hacian bajar desde el techo una pálida, muerta y melancólica luz, mas que de consuelo me servía de tormento; porque entonces veía los increíbles horrores de aquella sepultura de vivos. El ruido de las aguas, que batian sin cesar contra las murallas de la fortaleza donde estábamos encarcelados, nos aturdía de manera, que á mas de ciegos, estábamos casi sordos.

2 El primer dia que estuve solo, me sentí asaltado de una vehemente melancolía, y así como el que pasa repentinamente del calor del sol á los estanques de nieves y hielo, que se siente todo penetrado de frio, así se sintió mi alma. Mis pasiones, que no estaban muertas, sino adormecidas, despiertas con este nuevo estímulo, se amotinaron. Advierto á mi entendimiento confuso, al alma fuera de sí, y casi en términos de verse precipitada; por cuanto en el largo descanso en que habia vivido, estuve sin cuidado de las riendas que la

que vuestro mismo mérito os paguéis la perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se arrojan los ojos como á una presa de tanto mayor impetuosa y verdaderamente, ó que se arrojan los dientes de fieras, á mar explayado, y en medio de las olas en un peñasco como tenebrosa se estaba como enterrado cierto príncipe; mas de tal lucir, hacia allí metido, que solo podia ver lo que pasaba por en frente. Observé tambien que por delante de esta isla iba una carreta asustadísima, bella, pomposa y triunfante, la que yo veia venir en un globo lejós rodando sobre las aguas, tirada por una larga y sucesiva serie de mónstruos marinos de todas figuras y formas. Unos zarcos peces, ya de escamas de plata, ya de finísimo oro: otros de un carmin vivísimo como las langostas: otros de aire feroz y figura horrible. Todos tiraban, unos de otros, y á lo último venia muy soberbio el brillante carro. El príncipe nada veia sino lo que le pasaba por delante, y cada vez que descubria algun disforme mónstruo, le disparaba con su arco venenosas saetas. En fin, vió uno mucho mas horrible que los otros, y esforzándose por herirlo mas de cerca, salió de la concavidad, y ya iba á atravesarlo con una lanza, cuando oyó una voz que le decia: *No hieras, que te pierdes*. Suspendió el golpe, y pudo entonces ver el carro que ya venia cerca, en el cual luego que llegó al peñon, fué arrebatado y llevado en él como en triunfo. Lo mismo fue ver esto, que desaparecérseme todo de la vista. Me entregué al nocturno descanso, y el dia siguiente la curiosidad me obligó á reflexionar en la representacion pasada.

3 Iba á hacerlo, cuando oigo que me abren una puerta que correspondia á la pieza donde estaba el Emperador, permitiéndonos desde entonces que nos comunicásemos. Él se alegró con mi infelicidad, y yo me compadecí de la suya. Á lo menos, decia él, tendré compañía en los males, consuelo en vuestras palabras, y alivio en mi espantosa soledad. No quisiera tener complacencia de vuestros trabajos, mas ella se me escapa á pesar de los sentimientos de la humanidad; y tengo pena de que mi corazon se alegre con ellos. Pero vos, caballero, quienquiera que seais, perdonaréis esta contradiccion de afectos.

4 Era muy natural, interrumpió la Princesa, toda esa aparente contradiccion. La compañía en los trabajos causa siempre consuelo, y juntamente dolor en las almas que tienen el corazon sensible. Pero vamos á ver cómo pudisteis resistir á la melancolía.

5 Este encuentro, dijo Miseno, con otro mas infeliz que yo, me distrajo al principio; pero luego vino la filosofía en mi socorro. Res-

LIBRO III.  
y saca bruto, le muestra á ellos alivio. No podéis; esa vida que os acata, y que nada puede hacer un ser formidable que gusto, y que á lo menos disminuir su infelicidad. El mundo y morrion rápida é inconstante rueda de la fortuna, cuando retrocede, y morrion levantarle á la suave y deliciosa region de la tranquilidad, y de las acciones que llenan un corazon noble de placer el mas puro y de lo que podemos gozar en esta vida. Así respondí á Isaac Ángelo, y me acordé del modo con que le hablé, conoció que mi corazon era sincero, y que no eran mis palabras nacidas de un fingimiento estéril.

6 No es tan agradable la fresca fuente al enfermo que arde en fiebre, y que á escondidas se va arrastrando hasta poder beber de ella, como lo fueron á Isaac Ángelo mis palabras. Aquel corazon herido, no pudiendo desahogarse, ni aun por una sentida queja, estaba como entumecido, y ahora comenzando á desangrarse, ya por las palabras, ó ya por las lágrimas, tenia notable alivio.

7 Así fue en los primeros dias; mas despues vino á ser veneno lo que habia sido triaca: á fuerza de ponderar á Isaac Ángelo sus males, se fué agravando la herida de su corazon, de suerte, que enfurecido contra el hermano, blasfemaba contra él, contra la tierra, y aun contra el mismo cielo blasfemaba. Era su ira un torrente tan impetuoso, que no pudiéndola reprimir de modo alguno, todo lo arrebatava. La cólera, la rabia, la venganza degeneraban en desesperacion, y esta en locura, frenesí y delirio.

8 Os confieso que el mal ajeno me sirvió de selecta medicina; entonces vi cuánto importaba mantener siempre tirante la rienda, y no dejar tomar fuego á las pasiones, aun á las mas justas; porque es muy difícil pararlas en medio de la carrera, si una vez llegan á romper el freno. Advertia yo en el Emperador que tenia mas ciega el alma que el cuerpo; porque no veia cuán bien merecido tenia cuanto pasaba en castigo de sus crímenes y tiranías, ejecutadas contra Andrónico. *Sola la affliction da la luz al entendimiento para que se conozca el criminoso*. ¡Ah, me decia yo, y cuán difícil es conocerse uno á sí mismo! Por este medio la gran ceguera de Isaac me abrió infinito los ojos. Entonces reflexioné tambien en mi sueño ó vision, y entendí esta máxima importante, que todos los sucesos de la vida

<sup>1</sup> *Tantummodo sola vexatio intellectum dabit auditui.* (Isai. xxviii, 19).

que vuestro mismo mérito es vuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se sacrifica. Yo, señor, como el Conde, nos tira á nosotros, como á clientes de fieras. Miseno, como dejemos el gobierno de manos tenebrosas á quien nos formó para ser felices. Ya disputamos, señor, en este punto, y así debemos estar persuadidos, que cuando no interrumpos la serie de los sucesos de la vida, desde el nacimiento por la mente suprema, el fin siempre ha de ser dichoso; porque la Bondad suprema dispone por sí sola, todo se encamina á la felicidad.

Con esta doctrina que comuniqué al Emperador, despues que le conté el sueño que en la noche precedente habia tenido, se dulcificó notablemente su cólera, y mitigó su furor. No penseis, señor, le decia yo, que nuestra vida es un monton de sucesos, que cayendo tumultuariamente unos sobre otros, llenen el vacío que se halla entre nuestra cuna y sepultura. Así habia de ser, si el *hado* ó *acaso* fuesen los autores del universo; pero es tan grosera la idea que nosotros tenemos de la obra y de su Autor. La vida del hombre viene á ser una *serie* bien ordenada de acontecimientos, los cuales están enlazados unos con otros, de forma, que solo uno que quisiéramos arrancar violentamente, ó romperle, todo se descompondria, se descuadraria todo. Entre tanto esta *serie* va pasando, nosotros somos como el príncipe en la concavidad del peñasco: solamente vemos lo presente; mas lo que despues de esto se ha de seguir, todos lo ignoramos. Todo para nosotros está cerrado en la sala oscura de lo futuro, de donde poco á poco y uno á uno van saliendo todos los sucesos. Ahora, pues, ignorando nosotros lo que se ha de seguir á esta nuestra prisión, no podemos juzgar si ella nos traerá algun mal, ó nos conducirá á algun bien verdadero. ¿Cuántas veces nos hemos engañado con lo que nos parecia un grande bien, y despues vimos que no era sino una puerta grande para el mal? Años pasados estábais sobre el trono gobernando los pueblos, y yo montado en un brioso caballo mandando en jefe á casi todos los vasallos de mi soberano. ¿Quién no nos juzgaria entonces felices? Pero estaban ocultos los sucesos que con aquellas honras venian encadenados. Ahora podremos tener otro engaño feliz. ¿Quién sabe lo que nos está determinado en el libro del destino? ¿y si tal vez estos sucesos monstruosos vendrán tirando del carro de vuestra felicidad y de la mia?

11 Así como la tierra seca bebe gustosa la lluvia suave, que entrando poco á poco por las aberturas, va regando sus áridas en-

LIBRO III.  
Y acbruto, le vino á ser de dice garboso con bizzarria: Des-  
de un vado de re f extendia, su voz se oyeis, esa vida que os aca-  
traban un discurso seguido. Viene á ser formidables que  
le tranquilaban, proseguí con la comparacion si estaba cubierto

12 En una máquina de gran composición y artificiosidad y morrion viendo suelta una pieza sola quisiese criticarla, publicaria á la vez su poco juicio; pues sin ver las demás piezas con las que se juega, ni conocer el fin á que está destinada, no se puede averiguar de ver si tiene ó no defecto. Tal vez la que parece mas fea, y con la regular y mas imperfecta, será la mas ingeniosa. Convenia Isidoro esto; y cuando le hacia yo la aplicacion á diversos acontecimientos de la vida, no podia negar que era gran temeridad dar nombre de *mal* á todo suceso desagradable, ó el de *bien* á lo que lisonjea nuestros deseos. Luego es preciso, concluia yo, verlo todo, y saber el *por qué* y el *para qué* de cualquier acontecimiento para poderle llamar ó un *bien* ó un *mal*. Si el conductor de nuestra vida, quiero decir, si la Razon suprema y eterna se dignase explicarnos los motivos y los fines del suceso mas desagradable, tales y tantas causas nos daria, que veríamos en él una perfecta armonía y proporcion con nuestros principales intereses; de manera que aturdidos y confusos, con los labios cerrados y la cabeza baja, confesaríamos en el corazon, que todo era admirable, maravilloso y perfectísimo; y que solo un entendimiento divino podia disponer las cosas con modo tan excelente. Dejemos, pues, señor, que la Providencia obre en nosotros segun su entender, porque seguramente lo entiende mejor que nosotros. Adoremus sus consejos, y esperemos á ver el fin; pues fin dispuesto por un entendimiento el mas prudente, y por un corazon el mas justo y de mayor bondad, no puede dejar de ser bueno.

13 No estaba el Emperador acostumbrado á las frases sinceras y libres con que yo le hablaba. El tono meliflúo de la adulacion con que siempre se habla á los príncipes le habia corrompido el corazon y el entendimiento, y me confesó que esta era la primera vez que oia en toda su vida el tono de la verdad. Yo que le ví dispuesto, aproveché la ocasion para hacerle conocer las llagas de su alma, y que estimase el cauterio con que la Providencia queria curárselas. Mas como siempre cuesta descubrir una llaga envejecida, y despejar las vendas que la ocultan, dispuse que en mis defectos conociese los suyos, y en mi remedio viese la utilidad de lo que la Providencia le ofrecia.

14 Una larga experiencia, señor, le dije, me ha hecho mirar los

que vuestro mismo mérito es nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que los ojos han sido deos sacada. Tanto mayor ímpetu me dá la fiebre de mis pasiones, y que los dientes de fieras. Mientras la rueda de la fortuna me lisonjeaba en un punto mas alto, fui débil, ligero y loco; no habia en lucir, ni en mis palabras prudencia, ni rectitud en mis oídos. Mi entendimiento ciego se abrazaba muy estrechamente con las ominables mónstruos del error y la mentira, creyendo que eran la verdad, única esposa á quien mi corazon adoraba; y en la infinita chusma de aduladores me escondia esta esposa pura; y se introducía en su lugar una concubina corrompida; y esto solo porque entraba á la parte de sus intereses. Despues de tales engaños, por los cuales los lisonjeros me pedian premios y recompensas, mi corazon criado para seguir el verdadero bien, ya no corria sino tras el mal verdadero. Así pasaba mi vida suspirando por la alegría, sin poderla alcanzar. La lisonja era mi confidente, la mentira mi consejero, el desórden mi regla; y mi desuncion y satisfaccion solo era de lo que me debia avergonzar. De aquí se seguía, que ingrato á la luz de la razon, la despreciaba, é insensible á los afectos de la humanidad, los reprimia. Hombre en la figura, pero bruto en las obras, no hacia caso de la virtud, solo las pasiones me guiaban. Infiel á mi palabra, la negaba fácilmente; y perjuro á mi Religion, quebrantaba sus sagrados fueros. Mi voluntad era mi única ley, la ambicion la regla de mi justicia, y en fin, mi apetito era todo mi Dios. Así vivía, señor, antes de ver trabajos; mas despues de ellos estoy enteramente mudado. Juzgad ahora si los debo reputar por un mal, ó al contrario por un gran bien, y bien verdadero.

15 Recibia el Emperador esta doctrina con admiracion y espanto. Veíase en el retrato que yo le habia puesto delante de los ojos, y la fuerza de la razon le convencia: mas la novedad lo pasmaba. Su alma, ya mas cerca del equilibrio que debe tener para pesar los bienes y los males de la vida, balanceaba, ya hácia un lado, ya hácia otro; hasta que en fin, me respondió que ya no dudaba que los trabajos fuesen un bien para los que sabian sacar de ellos utilidad; pero que para él, que no habia aprendido la nueva filosofía, eran un mal desesperado. La misma medicina, me decia, que haciendo su efecto saca á unos de la sepultura, á otros los lleva á ella, si no produce el efecto que se desea. Por esta razon, siendo nosotros dos enfermos del mismo mal, vos sanásteis con el cauterio, pero yo no he conseguido otro efecto que quemarme y consumirme. Si yo su-

LIBRO II.  
y sacabroto, le vibra el ser de dice garboso con bizzarria: Des-  
vaina de la aurora hasta las columnas, esas vidas que os aca-  
ha sido muy atribulado.

16 Conozco, añadió, que lo tengo merecido, y que me morrion  
Inteligencia en la justa balanza de su inflexible equidad. Me dan á la  
una parte tantos castigos, cuantas enormidades he puesto por inde-  
otra. Veo que la sangre de Andrónico clama contra mí, y que mi alma  
desde los infiernos grita pidiendo venganza. Confieso con la  
el horror de los cielos y de la tierra, y que hasta los abismos de las  
detestan. Ahora veo que todas las criaturas están armadas contra mí  
para vengar al Omnipotente, á quien ultrajé. Veo que el Todopoderoso  
lleno de cólera dispara contra mí todas las saetas de su indignacion,  
y hace que el trono de Constantinopla, que fue el atractivo de mi  
ambicion, sea ahora mi cadalso. Así no tengo que esperar remedio  
ni apariencia de consuelo, porque nada puede resistir al Omnipotente.  
Nací para ser infeliz, y no podré parar la incontrastable rueda del  
destino. Así remataba el desgraciado Isaac Ángelo sus discursos,  
que degeneraban en desesperacion.

17 Como una ave herida que no puede sostener el vuelo por mucho  
tiempo sin caer en tierra, de donde con gran trabajo se habia levantado,  
así estaba el Emperador. Su corazon herido y desangrado apenas podia  
mantener los esfuerzos que hacia para levantarse del lánguido estado  
en que se hallaba.

18 No hay violencia que dure, replicó Sofia. La naturaleza siempre  
reclama sus derechos, de forma que la tristeza una vez señoreada de  
un corazon, vuelve á ganar fácilmente el terreno de donde fue arrojada.  
Mas ¿cómo os hubísteis con el Emperador en esta disposicion?

19 Dí tiempo al tiempo, dice Miseno, y en el dia inmediato le propuse  
con disfraz la siguiente comparacion, que llevaba escondido algun remedio  
á su dolencia: El deudor rebelde, á quien confiscan los bienes y le  
ponen en prision, repugna, oculta, embarga, trapaceá, y hace todo  
cuanto puede por eludir la sentencia, ó negar la deuda; pero los años  
pasan, los plazos se cumplen, los bienes se venden, las rentas se cobran,  
quedan satisfechos los créditos, y el deudor absuelto. Del mismo dictámen  
fue Isaac Ángelo, y continué diciendo: El hijo travieso á quien la madre  
prudente castiga, se defiende, resiste, pernea, clama, grita, quiere escaparse,  
implora con rabia el socorro; mas nada le libra del azote; y acabada la correccion,  
queda el delito castigado y perdonado el hijo. ¿Convenís tam-

que vuestro mismo mérito suspenso nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se arroja con tanta mayor impetu, quanto mayor es su afliccion, le responde con dientes de fieras. Dios no castiga con pasion ni con ira, por el impetu ciego de la cólera, como los hombres tenebrosos. La razon suprema es la que le hace levantar el brazo, y castigo; y la misma razon eterna le hace cesar de él. Que se revuelva todo el mundo en peso, que se confundan los cielos, y se reduzca todo á su primitivo cáos, nada importa: quien mal, ha de ser castigado: mas una vez castigado el delito, no dará Dios nueva pena; ni de una deuda sola pedirá su suma rectitud dos pagas. Así, si somos castigados una vez, sea por nuestra voluntad, ó contra ella, las deudas contraidas, en todo, ó á lo menos en parte, quedarán pagadas. Confieso que el rendimiento voluntario es de gran mérito; mas el merecimiento que la repugnancia pierde, no es la satisfaccion del delito que hablamos. Ved, señor, que los trabajos de la vida encierran un gran bien que despreciamos; porque necesariamente disminuyen la deuda, cuya paga es del todo indispensable, y esto es á lo que se encaminaban las dos comparaciones que os propuse. Quedó tan suspenso Isaac Ángelo, que ni podia responder, ni se atrevia á conformarse conmigo.

21 En verdad, dice el Conde, que es demasiada filosofia para un encarcelado. Un afligido no está para hacer discursos delicados. ¿Y un afligido, replicó Miseno, está obligado á no tener juicio, ó á no servirse de él si le tiene? ¿En qué materia, pues, puede uno emplear con mas razon todas las delicadezas del discurso, que en disminuir sus males? Cuando padecemos en algun miembro del cuerpo, todos los demás se esfuerzan á aliviarse cuanto pueden. ¿Por qué, pues, no harémos otro tanto en los tormentos del alma? Si mil discursos nos afligen en una cárcel, ¿no es justo que en la cárcel nos consuelen otros discursos? Isaac Ángelo hacia trabajar su entendimiento para afligirse, y yo lo hacia trabajar para convertir en alegría toda su natural afliccion.

22 Eso ahora, decia la Princesa, es mucho mas que disminuir el tormento. Creo que dificultosamente reduciriais á Isaac Ángelo á pasar alegre un solo instante mientras vivió preso; y si lo conseguisteis, podeis gloriaros mas de esa victoria, que de los triunfos que alcanzasteis en Bohemia y en Rusia, porque jamás rindió vuestro brazo enemigo tan poderoso.

LIBRO III.  
y acbruto, le vino á ser de dice garboso con bizarría: Des-  
de unavainad que f en una serena, podeis, esa vida que os aca-  
cedente desesperacion, la pe nes formidables que  
gria. Mas me desvanezco de la victoria, porque estaba cubierto  
nes no es el hombre quien triunfa, sino la verdad, y morrion  
solo tiene el mérito de gobernarle el carro para que ella se dian á la  
de sus enemigos; porque es tal su belleza, que lo mismo es or inde-  
brirse claramente, que deslumbrarlos, arrojarlos en tierra, os ca-  
dirlos, y esto es lo que yo hice con Isaac Ángelo.

24 Un dia en que le hallé muy desanimado y afligido, fin con la  
yo tambien estaba desconsolado por verme preso sin saber la pla las  
sa, y por consiguiente sin el consuelo de esperar el término de aque-  
lla muerte lenta. Dejé caer un poco mi corazon para que se uniese  
al suyo herido y desangrado, á fin de que levantando el mio des-  
pues, tambien el suyo se levantase; dejé escapar algunos suspiros,  
y advertí que esta conformidad de afectos le era sumamente agra-  
dable. En cierto modo, de él, hallo que sois aun mas infeliz que  
yo, porque yo pago las deudas de mis crímenes, y vos padeceis ino-  
cente. Yo solo padezco los tormentos; y vos padeceis los tormentos y  
la injusticia, que mortifica mucho mas que ellos. Esto me decia Isaac;  
pero yo, cuando él me consideraba mas desalentado, hacia una re-  
flexion con que me condenaba á mí mismo, reconviniéndome con va-  
lor de esta suerte:

25 ¿Qué es lo que hago? ¿Para qué me dejo vencer de los ha-  
dos, si un héroe puede siempre triunfar de ellos? Ánimo, Miseno,  
vuélvase contra tí con cuanta furia quisiere la terrible rueda de la  
desgracia; conjúrense contra mí todos los hombres; llegue la con-  
juracion hasta los abismos; que en el Ser supremo, que todo lo go-  
bierna, y que á todo es superior, puedo encontrar consuelo que me  
recompense, y me haga sólidamente feliz.

26 Aquí quedó suspenso el Emperador; y yo que habia cobra-  
do fuego, sin pararme, proseguí diciendo: Solo de Dios y de mí  
pende el ser verdaderamente dichoso; porque si en esta infernal cár-  
cel obrare bien, y me portare de suerte que agrade al Gobernador  
del universo, es imposible que no sea venturoso y digno de grande  
envidia. Todo consiste en agradarle, de suerte que guste de mí quien  
todo lo gobierna en este mundo y en el otro; y ahora, para esto no  
dependo de ninguno mas que de Dios y de mí mismo. Ved, señor,  
si me engaño.

27 La suprema inteligencia que todo lo ve como es en la reali-

que vuestro mismo mérito es nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la codicia, Dios no obra por saciedad, es tanto mayor ímpetu, que gustan muchas veces en vanos clientes de fieras, no toman aversion á otro, sin que tenga culpa algunos tenebrosos. No puede obrar, obra con razon, porque es la rectitud, hiciste. Soy del mismo parecer, respondió el Emperador, y yo ¿Qué cosa mas justa y laudable que conformarse un hombre seguido sin causa, rendirse enteramente á los decretos suyos, y sin averiguar los motivos, ni argumentar consigo mismo, las manos, doblar las rodillas, inclinar la cabeza y decir á las: *Obrad, Señor, como fuere mas de vuestro agrado, que yo á todo estoy dispuesto?* Imposible es que Dios no me estime, que no me ame, y que no me bendiga. Siendo esto así, no haré caso de las criaturas; y ya que Dios me ilustra con esta reflexion de su gracia, y me ayuda con su mano, quiero hacerlo; y así os protesto sinceramente que á todo estoy preparado, venga lo que viniere, prision, tormentos y muerte, todo es nada, solo por agitar al supremo Autor del mundo, y de todo cuanto en él hay. Que el Omnipotente para probarme me escoja por blanco de sus fulminantes saetas; que conmoviendo las columnas del firmamento, haga caer sobre mí de golpe las bóvedas celestes; ó que faltándome de repente el suelo, me vea ir rodando por todos los despeñaderos hasta los abismos infernales; allí mismo reducido á cenizas veneraré sus consejos; y mientras fuere cayendo, le diré: ¡Oh Señor!

Cuán alto te encumbraste,  
En saber, en poder, en fortaleza,  
En cuanto hiciste, y en cuanto sentenciaste!

Y aun caido, será mi única palabra: *Que Dios es justo, y que sus acciones son la norma de toda equidad.*

28 Confieso, dice Isaac Ángelo, que Dios no podrá impedir que su entendimiento os elogie, ni á su corazon que os ame, ni á su mano generosa que tarde ó temprano os haga venturoso; y aun cuando su brazo airado estuviere levantado para daros el último castigo, tengo por cierto, que oyendo las voces rendidas de vuestra alma, quedaria desarmado, y os abrazaria tiernamente con cariño. ¡Ah, Miseno! Feliz el que pudiere hacer lo que vos haceis, porque obrando con ese generoso rendimiento, ó Dios ha de ser injusto, ó el hombre ha de ser dichoso; pues cuando Dios ama, ninguno le puede atar las manos para que no derrame sobre su amigo señales de su

<sup>1</sup> Job, xii, 16.

LIBRO VI.  
y se  
de dice garboso con bizzaria: Des-  
os haceis, y sois...  
amargura y la desesperacion...  
29 C... todo, yo ví que desde ese dia la luz estaba cubierto aclaraba poco á poco. Su corazon se... y tomaba... y morrion dificultad, algunos suaves movimientos: de modo, que... llego á decir: ¡Ay amigo! ahora conozco que los juicios de Dios respecto de mí, son justos, aunque rigurosos. Tal vez algun dia... ser favorables: mas ¡cuán fria es esta mi esperanza! Con... le animaba cuanto podia, y él de su parte no hallaba... con que agradecerme el bien que le habia causado con mis... Si algun dia, me aseguraba él apretándome la mano, si algun dia llego á salir de esta mazmorra á mi trono, ¡ah, que vos seréis quien en él ha de reinar; porque mi voluntad no conocerá otro norte, ni mi juicio otro gobierno! Mas ¡qué locos son los sueños de un infeliz que no tiene otro alivio que su imaginacion engañosa!

30 En esto nos entreteniamos cuando un dia en que estábamos bien descuidados, oimos una extraña revolucion en toda la ciudad. Las centinelas que nos guardaban desampararon la puerta de la cárcel, porque todos clamaban: *al arma, al arma.* No podíamos atinar con el motivo de semejante novedad, porque yo casi habia perdido la memoria de lo que pasó en Dalmacia. Crecia mas á cada momento el alboroto, porque de las torres de Constantinopla se avistaba que la armada habia embocado en los *Dardanelos*, y una centinela que se volvió á su puesto, nos notició que era el príncipe Alejo acompañado de una formidable escuadra que venia sobre Constantinopla. Entonces le conté al Emperador lo que me habia pasado con Alejo en Silesia, con el Dux y caballeros franceses en Zara, dándole el parabien de la esperanza que podia tener de su libertad, y quedó como fuera de sí de gozo y contento.

31 Ya por toda la ciudad se oyen los tambores que tocaban á rebato, ya suenan las trompetas, los clarines y timbales. La caballería marcha á galope desempedrando las calles, la infantería corre á las murallas. Por la ciudad huye el pueblo despavorido; los tro-

<sup>1</sup> Dos fuertes castillos de Turquía, uno en la *Romania*, otro en la *Natolia*, situados en la costa del estrecho ó canal de *Galipoli*, ó Brazo de San Jorge, llamado antiguamente *Helesponto*; estrecho que une el *Archipiélago* ó mar Blanco con la *Propóntide*, ó mar de *Mármora*: distan 40 á 60 leguas S. O. de Constantinopla.

<sup>2</sup> Véase lib. III, núm. 43 y sig.